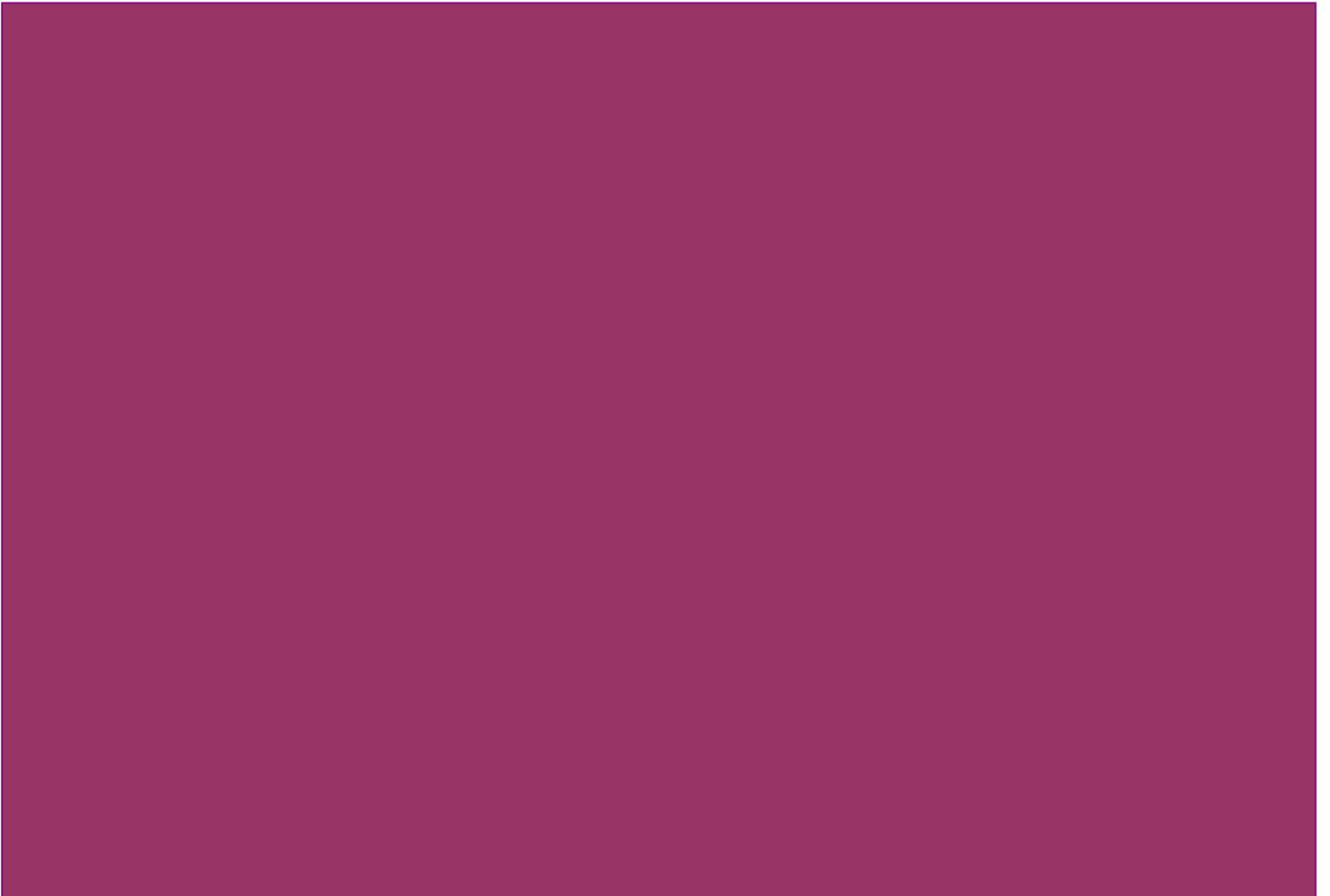


***Tres Cuentos
Premiados***

Javier Úbeda Fernández





Reconocimiento-No Comercial-Sin Obra Derivada 2.5 España

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadador.



No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor: comentarios@javierubedafernandez.com

ZOPORÍN, EL ESTORNINO.

(ACCESIT ESPECIAL DEL JURADO. PREMIO "LOS CASTILLOS" 1989)

Llegaron del sur cientos de pájaros en alegres bandadas que cubrían el cielo. Zoporín, el estornino, volaba orgulloso batiendo sus alas al crepúsculo. Cayó la noche sobre el horizonte enrojecido; el cielo vistió una vez más su traje de infinitas luces, y Febea extendió sobre la tierra su manto plateado.

Al alba, escogieron un claro en el bosque y descendieron. Zoporín permaneció largo tiempo en una pequeña rama de sauce junto al riachuelo que descendía resuelto colina abajo. Sus ojos miraban distraídos a un punto en el espacio; mientras, los ojos de su alma de estornino buscaban en algún remoto lugar de su memoria.

Zoporín alzó la vista hasta el punto en que la colina acariciaba con su cima las nubes mecidas por el viento. Recordó como era el paisaje al otro lado. Pudo ver en su mente el pequeño lago en cuyas aguas tranquilas se dibujaba la aldea. Al fondo, en la distancia, se destacaba el perfil de las montañas que, con sus cumbres, trazaban una línea quebrada por todo horizonte; una línea inaccesible. A cierta distancia de él algo comenzaba a tomar forma. Un bosque que crecía y se oscurecía a medida que se acercaba a la base de las montañas.

-¡Zoporín! -gritó el anciano estornino Samuel- ¡Baja de ahí y ven a mi lado! ¡Tengo que hablarte!

Zoporín se sobresaltó al escuchar la voz de Samuel. Tardó algún tiempo en recobrar la compostura, y cuando lo hizo dio un ágil salto y descendió junto a Samuel.

-¿Qué deseas, maestro?

-Te he estado observando últimamente. Te encuentro distante; te distraes en tu vuelo y no prestas atención a nuestros movimientos en el aire. Como bien sabes se aproxima la época de las lluvias. Es tiempo de que empieces a pensar en construir un nido en el que cobijar una familia.

Zoporín miró a su maestro. Realmente no había prestado atención a lo que éste le decía. Mantuvo un largo silencio. Finalmente exclamó:

-¡Bobadas!

Y se perdió entre las ramas dejando atrás a su perplejo maestro.

Voló largo tiempo. Sobre su cabeza, el sol le guiñaba su gran ojo entre las ramas altas de los pinos, esparciéndose luego por el suelo en diminutos fragmentos de sombra y oro. Le encantaba caer en picado sobre algún claro y rozar con sus alas los mantos de flores que cubrían el suelo. Después, volvía a tomar altura para caer nuevamente sobre cualquier cosa que llamase su atención. Voló durante horas perdiéndose entre un tupido mar de matorrales hasta que algo atrajo su mirada. Sobre una piedra, se encontraba un enorme lagarto de color pardo. Tenía el aspecto de haber pasado toda la mañana bajo el sol. Su expresión era tranquila, no sin un cierto toque de severidad y sapiencia que, como bien es sabido, distingue a los lagartos viejos de los jóvenes que corretean por entre piedras y matorrales tras algún insecto que llevarse a la boca.

-¡Buenas tardes lagarto! -dijo Zoporín tras haber descendido a su lado. ¿No encuentras aburrido permanecer en esta roca contemplando siempre el mismo paisaje?

El lagarto no contestó. Se limitó a levantar la cabeza en dirección a Zoporín, si bien su rostro se mostró inexpresivo.

-¿No crees -prosiguió Zoporín- que es realmente más hermoso alzarse sobre los árboles observando todo lo que se muestra ante ti?

Hubo un silencio prolongado. Por fin el lagarto decidió contestar a Zoporín con voz grave y pausada:

-Tu impertinencia es grande querido amigo estornino, pero también es grande tu juventud, y una cosa implica la otra. Soy Fredo, el lagarto. Durante años no he hecho otra cosa que permanecer en esta roca horas y horas, moviéndome únicamente cuando el hambre o el sueño me obligaban a ello. Sin embargo, puedo asegurarte que he viajado más lejos de lo que tus débiles alas puedan jamás alcanzar. No necesito alzar mi cuerpo sobre los árboles, pues otros lo hacen por mí, y con sus ojos veo más de lo que ellos ven. Cuando alguien viene a mi roca y se sienta a mi lado para contarme lo que ha visto u oído, los ojos de mi mente ven esos lugares y los hacen más hermosos. Sí, querido estornino, si surcase el cielo ya no existiría cielo para mí; pues mi cielo es terso e inalcanzable, y sostiene criaturas con hilos que en mi mente son de plata y risas. Se mueve seductor o tempestuoso, pues mi cielo está vivo y su ánimo se agita como el tuyo o el mío. Si volase querido amigo, mi cielo moriría en el mismo cielo, pues lo conocería tal como es para ti. Ahora dime amigo estornino:

-¿No te parece más hermoso mi cielo?

Zoporín no contestó. Recordó cuando siendo aun un polluelo asomaba su cabeza desde el nido y día tras día contemplaba el cielo de Fredo. Recordó su ansia de tocarlo, de fundirse con él. Conforme pasaba el tiempo sus progresos se hacían mayores. Al principio saltaba sobre sus débiles patitas; y rara vez caía con acierto sin que su cuerpecito rodase por el suelo. El tiempo fue pasando, hasta que un día Zoporín dio el salto definitivo: su primer vuelo. Una sonrisa nostálgica se dibujó en su rostro al recordarlo, pues en verdad se había sentido feliz en aquel instante. Pero, de súbito sintió una punzada y su sonrisa dio paso

a un amargo sobrecogimiento. Zoporín se dio cuenta de que desde aquel instante no había vuelto a pensar en el cielo.

ENCANTADOS DE NO LEER

(TERCER PREMIO DEL CERTAMEN DE CUENTOS DE LA VILLA DE AZAGRA 1997)

“...Andrés salió del jardín con el pelo enredado. Llevaba todavía el jersey de color azul marino que su madre le regaló al cumplir los doce años, aunque era evidente que desde entonces Andrés había crecido mucho, pues le quedaba pequeño de mangas...”

En el parque, debajo de un árbol muy frondoso, se había sentado Lucía. A ella le gustaba particularmente aquel banco, pues estaba un poco apartado del resto del paseo, de forma que la gente no la molestaba cuando se acomodaba para leer. Acababa de sacar aquel libro de la Biblioteca Municipal, porque le gustaban mucho los relatos de aventuras. Dejó su mochila sobre el asiento. Lucía pensaba que le vendría muy bien leer un rato. Era consciente de que durante la tarde tenía que repasar las lecciones que había aprendido aquel día, pero antes quería gozar de unos minutos de tranquilidad. Tomó de nuevo el libro y continuó leyendo:

Lucía dio un respingo. Sintió un contacto en la espalda que la hizo saltar precipitadamente de su asiento. Puesta en pie, se quedó muda de pronto mientras miraba hacia atrás. No podía creerlo. Frente a ella, escondido junto al banco, veía a un muchacho desaliñado, vestido con un jersey azul que le quedaba pequeño. Lucía quería gritar. Gritar y correr. Pero no podía. Se decía a sí misma que todo aquello era imposible, pero no podía negar lo que veían sus

ojos. Se calmó un tanto después de la primera impresión, pues aunque todavía no daba crédito a lo que contemplaba absorta, había algo en los ojos de aquel chico que resultaba agradable. Después de un momento, Lucía se atrevió a preguntar:

-¿Andrés?

-¡Cómo! -respondió éste- ¿Me conoces?

Ahora el asombrado era Andrés.

-Pues... -dudó Lucía, que había dejado de temblar- creo que sí. Es decir, estaba leyendo esto cuando... ¡No puedo creer que me pasen a mí estas cosas! Tú eres éste... -dijo señalando el libro- pero, ¡no puede ser!

-¿Puedo verlo? -preguntó Andrés.

-Sí claro -contestó Lucía. Toma, aquí lo tienes.

Andrés tomó el libro y contempló detenidamente la portada.

-¡Soy yo! -exclamó al instante.

-Eso es exactamente lo que dije antes, pero, ¿podrías explicármelo? -preguntó Lucía un poco enfadada- verás, resulta que no tengo por costumbre encontrarme en el parque a los personajes de las historias que leo. De hecho, no suelo verlos en ninguna parte. ¿Puedo saber quién eres tú realmente?

-Me llamo Andrés -contestó él. Comprendo que estés asustada. A fin de cuentas, lo que acaba de pasarte no sucede todos los días. Pero si quieres saber lo que son sensaciones extrañas, prueba a correr delante de un pelotón de hormigas.

-¿De que estás hablando? quiso saber Lucía, que por un momento tomó a Andrés por un chalado.

-Supongo que después de lo que nos acaba de ocurrir, estás preparada para creer cualquier cosa. Te diré lo que me pasa. Hace dos años, mis amigos y yo

decidimos una mañana que hacía un día espléndido, y que no merecía la pena perderlo en clase.

-Que hicisteis pellas, vamos.

-Sí -contestó Andrés. Dejamos nuestras carpetas en el aula y nos dimos una vuelta por ahí. Después de un buen rato empezábamos a aburrirnos, hasta que de pronto vimos a un viejo en mitad del parque. Era un pobre hombre, un vagabundo que parecía un poco ido. Nos pareció que sería entretenido meternos un rato con él, de manera que comenzamos a insultarle.

-¿No te da vergüenza? -preguntó Lucía.

-Ahora sí. Pero entonces -prosiguió Andrés- nosotros no pensábamos en esas cosas. Sólo queríamos divertirnos. El caso es que el viejo aquel, de repente, sacó de un bolso una bola de cristal y comenzó a recitar un conjuro contra nosotros. Al principio hizo que nos desternilláramos de risa, porque parecía un pobre loco diciendo aquellas cosas, pero de pronto comenzamos a menguar mientras todo a nuestro alrededor se hacía más y más grande. Te juro que nunca he pasado tanto miedo.

-¿Y tus amigos? -preguntó Lucía.

-No he vuelto a verles desde entonces.

Lucía pensó por un momento en aquella historia. De pronto recordó algo.

-¡Claro! ¡Vosotros ibais a mi instituto! Recuerdo que la policía os buscó por todas partes. Todo el mundo estuvo muy preocupado durante meses. Al final fueron abandonando el caso, supongo que porque no encontraron demasiadas pistas. Creo que vuestros padres han contratado detectives que siguen investigando.

-Pero eso no explica por qué estoy aquí -dijo Andrés volviendo al asunto de su encantamiento.

-¿Recuerdas algo que el viejo dijera? -inquirió Lucía.

-Sí -contestó Andrés- mientras mis amigos y yo encogíamos, murmuró algunas palabras. Algo así como que nos encerraría en un lugar al que pocas personas se acercan, y que sería necesario que alguien se asomara por allí para romper el hechizo.

-Un sitio al que pocos se asoman... ¡Ya está! -gritó Lucía- ¡Es el libro! ¡Os ha encerrado en libros!

-¿Cómo? -Preguntó Andrés extrañado.

-Sí hombre sí. Antes de aquel día, ¿cuántos libros solías leer al año?

-Al año... yo creo que ninguno -contestó Andrés.

-Desgraciadamente, esa es la respuesta que daría la mayor parte de la gente - señaló Lucía- de hecho, la biblioteca está siempre casi vacía, y los pocos que van únicamente lo hacen para estudiar; pocas veces se molestan en tomar prestado un libro.

-¿Quieres decir... que todos mis amigos están también encerrados en libros?

-Eso mismo. Y de no ser por mí, seguramente seguiríais allí por mucho tiempo.

-¿Y qué podemos hacer? -preguntó Andrés.

-Fácil -repuso Lucía. Primero iremos a tu casa, y contaremos a tus padres lo que te ha ocurrido. Después intentaremos que nos acompañen a buscar a los padres de tus amigos. Llamaremos a toda la gente que podamos y nos iremos a la biblioteca.

-¿Para qué? -quiso saber Andrés.

-Para leer uno por uno todos los libros hasta que aparezcan tus amigos -dijo Lucía muy segura.

-¿Mis padres? -preguntó Andrés- ¿Mis vecinos? ¿Leyendo libros? Mejor me vuelvo al jardín -dijo haciendo ademán de saltar de nuevo el seto.

-¡Espera! -gritó Lucía- ¿dónde vas?

-¡No he visto a mis padres leer un libro en su vida! -contestó Andrés.

-Sí -dijo Lucía- es triste, pero cada vez hay menos gente que lea libros. Están muy ocupados mirando sus televisores. Pasarán los años y desaparecerán más chicos y más chicas. Primero se vaciarán por dentro...

¿Qué quieres decir? -preguntó Andrés interrumpiendo a Lucía.

-Olvidarán quienes son -prosiguió ésta- y serán cada día más simples y vacíos. Y al final desaparecerán como os ocurrió a ti y a tus amigos, porque sin libros: ¿quién puede ser realmente libre?

-¡Eso suena chungo! -exclamó Andrés.

-Me temo que sí -contestó Lucía. Me pregunto quién sería aquel viejo. En fin, tendremos que convencer a todo el mundo. Si no conseguimos que la gente lea, todos los jóvenes del mundo estamos en peligro.

-Pero... ¡No podemos hacer nada que alcance a todo el mundo! protestó Andrés.

-Pero podemos empezar con aquellos que están más cerca de nosotros -contestó Lucía. Primero lo haremos con tus padres.

-¿Crees que nos ayudarán? -dijo Andrés.

-Tendrán que ayudarnos -contestó Lucía. Si quieren que sus hijos no vuelvan a perderse, si quieren que crezcan en un mundo libre y solidario, entonces... ¡tendrán que leer con todas sus fuerzas!

-Si es así, ¡No perdamos más tiempo! -gritó Andrés.

Y los dos salieron corriendo del parque. Con la emoción, Lucía dejó caer el libro de sus manos. Quedó en el suelo, abierto por la última página:

“... y apenas había pasado una semana cuando, detrás del seto, un grupo de muchachos con el pelo desaliñado comenzó a recuperar su tamaño.”

HERMANO LOBO

2º PREMIO DEL IV CONCURSO DE CUENTOS SOBRE ECOLOGÍA Y MEDIO AMBIENTE. CASA DE LA CULTURA - SAN ADRIÁN" 1996

Si se muere la montaña, lloraré cansado en el atardecer. No me importan los gritos de gentes insensatas, ni los hombres asustados de puro solos. Pero mi montaña no. Que no se muera, ni se quiebren sus riscos. Que no vuelquen sus aguas las últimas gotas sobre la cañada. Que no enmudezcan las voces de los que siempre estuvieron aquí. Hoy me buscan. Como buscaron hace tiempo al Oso y al Rebeco, o como lo hicieron con las gentes de mi remoto pueblo. La guerra es huir sin tregua.

Yo no he empezado esta guerra. Realmente no recuerdo cuando comenzó. Siendo lobezno me quedaba muy quieto, como mis mayores, cuando el aullido de plomo cruzaba insolente el profundo tesoro de nuestro territorio. Una vez vi al hombre. El Hombre es humo por dentro. El humo sale de sus narices y su boca. El humo trepa por el aire callado, de entre sus dedos. Pero cuando el hombre mira a quien no es humo el humo arde y grita. Y este humo, que es de fuego y sombra, rompe el tiempo y el silencio, como rompe el alma. Cuando el sol se puso volvieron. Esta vez eran más que de costumbre. Con sus trozos de sol tristes en las manos alargaban sus ojos entre la penumbra. Y miraban entre el ruido canalla de su torpeza. Traían renegados. Animales groseros y débiles que fueron de los nuestros en la noche del tiempo, pero que han olvidado el silencio que cuelga de la luna blanca. Y comenzó la huida.

Si se muere la montaña, lloraré cansado en el atardecer. No me importan los gritos de gentes insensatas, ni los hombres asustados de puro solos. Pero mi montaña no. Que no se muera, ni se quiebren sus riscos. Que no vuelquen sus aguas las últimas gotas sobre la cañada. Que no enmudezcan las voces de los que siempre estuvieron aquí. Hoy me buscan. Como buscaron hace tiempo al Oso y al Rebeco, o como lo hicieron con las gentes de mi remoto pueblo. La guerra es huir sin tregua.

Entre las rocas más secretas esconde mi gente el mayor de los tesoros, como a mí me escondieron hace tiempo. Mientras, tras de nosotros dejamos un rastro vergonzoso, por que lo puedan seguir tan inútiles criaturas. Todo por llevarles lejos. Lejos de nuestra esperanza. Lejos de nuestro mañana. Pero es cansado. Cada día es más corta la tierra y más grande el cansancio. El aliento se quiebra en nuestras gargantas. Y nos llega detrás ese aullido roto de perros deformes. No sé quién de nosotros faltará esta vez. Todos llevamos las taras de esta loca carrera. Ya no somos pueblo, sino cicatriz. Pero allá arriba, en lo más remoto, guardan silencio los que mañana serán nosotros. Y su silencio es templo que profana el hedor de muerte de los Hombres-humo.

Si se muere la montaña, lloraré cansado en el atardecer. No me importan los gritos de gentes insensatas, ni los hombres asustados de puro solos. Pero mi montaña no. Que no se muera, ni se quiebren sus riscos. Que no vuelquen sus aguas las últimas gotas sobre la cañada. Que no enmudezcan las voces de los que siempre estuvieron aquí. Hoy me buscan. Como buscaron hace tiempo al Oso y al Rebeco, o como lo hicieron con las gentes de mi remoto pueblo. La guerra es huir sin tregua.

Tiempo atrás, bajábamos de la montaña en busca de los últimos rebecos. Pero ya no hay rebecos, sino bestias inmundas que saben a grasa y son todo miedo y pelo. Seres miserables que se rinden a uno solo de nosotros. Manchas de miedo blanco que se mueven más allá de los últimos árboles. Añoramos la lucha solemne de los viejos rebecos, su fidelidad a la vida y la montaña. Comer tristes bolas de sebo es miserable, pero el hambre no entiende de miserias. Más allá de los árboles están los templos del hombre. Las columnas brutales de humo blanco que se clavan como astillas en el cielo viejo. Todo es humo hasta donde alcanza la vista. Cada vez hay más humo. Cada vez más cerca. Y los hombres brutales se han puesto en marcha de nuevo. Quieren sus criaturas cobardes. Pero los hombres entregaron los rebecos a la tierra con su humo... y los lobos comen carne.

Si se muere la montaña, lloraré cansado en el atardecer. No me importan los gritos de gentes insensatas, ni los hombres asustados de puro solos. Pero mi montaña no. Que no se muera, ni se quiebren sus riscos. Que no vuelquen sus aguas las últimas gotas sobre la cañada. Que no enmudezcan las voces de los que siempre estuvieron aquí. Hoy me buscan. Como buscaron hace tiempo al Oso y al Rebeco, o como lo hicieron con las gentes de mi remoto pueblo. La guerra es huir sin tregua.

Amanece. Todo es humo. Han cruzado enloquecidos grupos de animales. Todos juntos. Cuando todas las criaturas corren juntas sin que puedan reparar en su ancestral rivalidad, sólo puede estar en juego lo que es sagrado. Me han herido. Mis patas ya no me sostienen. Han caído a mi lado algunas ramas que gritan al

abrazo del fuego. Este es el día de mi vuelta a la tierra. Lo sé. Quizás arriba enmudezcan las llamas. Quizás siga creciendo silenciosa la esperanza. Mas, con todo, bien sé que será inútil. Tarde o temprano este humo que me envuelve lo cubrirá todo. Cuando el mundo sea humo ya no habrá sitio para el hombre. Pero el hombre piensa, y pensar es detenerse. Si alguna vez la tierra vuelve a ser un algo vivo, lloraré los días amargos en que son los Hombres-Humo. Y buscaré sin tregua en el eco de las sombras la esperanza que aguarda en el confín imaginado de la montaña. Y mientras llega mi hora y mi sangre se entrega serena a la tierra lanzaré a los cielos mi último aullido:

Si se muere la montaña, lloraré cansado en el atardecer. No me importan los gritos de gentes insensatas, ni los hombres asustados de puro solos. Pero mi montaña no. Que no se muera, ni se quiebren sus riscos. Que no vuelquen sus aguas las últimas gotas sobre la cañada. Que no enmudezcan las voces de los que siempre estuvieron aquí. Hoy me buscan. Como buscaron hace tiempo al Oso y al Rebeco, o como lo hicieron con las gentes de mi remoto pueblo. La guerra es huir sin tregua.

Más obras del autor en:

www.javierubedafernandez.com

Para cualquier comentario, consulta o información:

comentarios@javierubedafernandez.com